

su destierro, y le ha dado después tales pruebas de cariño, que piensa, según dicen, casarse con ella. Al saber ese proyecto, cuentan que la madre exclamó:

—¡Una hija por quien hemos hecho tantos sacrificios, y en quien teníamos tantas esperanzas, portarse tan mal con nosotros, es espantoso!

MARTA

I

JUNIO, 1856.

ENTRABA en mi casa, ya á media noche, hace como unas seis semanas, cuando me entregaron, escrita con lápiz, la esquela siguiente:

He sentido mucho no encontrarte; tu buena amistad me es muy necesaria en estos momentos. Ven á verme mañana muy temprano.

Tuyo

EDMUNDO.

Me prometí acceder á este ruego, porque en efecto, la amistad que me une á Edmundo no es resultado de uno de esos conocimientos, tan comunes en nuestros días, hechos en el café, alrededor del tapete verde, ó en casa

de cualquier cortesana á la moda; no lo es tampoco por mediar relaciones de interés; descansa á la vez en una simpatía razonable y en recíproca estima. Nos conocemos desde nuestros más tiernos años; nuestras madres estaban también íntimamente unidas, y yo recuerdo aún el dolor de la mía cuando murió la de Edmundo. Jóvenes ya, nuestra amistad no se enfrió lo más mínimo: diversas circunstancias nos han separado momentáneamente; hemos estado sin vernos y hasta sin buscarnos semanas y meses enteros; pero nunca hemos dudado el uno del otro, convencidos de que al primer llamamiento que nos hiciésemos, nos encontraríamos prontos á prestarnos mútua ayuda.

Hacia, ahora precisamente, largo tiempo que no nos habíamos encontrado. La última vez que le había visto, daba el brazo á una mujer muy sencillamente ataviada, cuyo aire joven y elegante me llamó la atención, por más que no pude distinguir sus facciones, que ocultaba bajo un espeso velo. Al pasar Edmundo por mi lado, se contentó con darme un apretón de manos sin detenerse; algunos amigos de nosotros dos, me dijeron después que tenía una querida, á quien nadie conocía, y que ocultaba á todas las miradas. Hubiese podido saber la verdad con sólo ir á su casa; pero no quise, por no pecar de indiscreto. Si él no me hablaba de esos amores, es porque poderosos motivos le obligarían á callarlos; la amistad, tal como yo la entiendo, no admite ninguna especie de investigación.

Al día siguiente me presenté muy de mañana en casa de Edmundo; al verle, no pude reprimir un movimiento de sorpresa; tan cambiado le encontré. Sin darme tiempo á interrogarle, me dijo:

—Te esperaba con impaciencia; ¿puedes disponer en mi obsequio de la mayor parte del día?

—De toda la que tú quieras.

—¿Tienes el coche esperándote?

—Sí.

—Vamos entonces.

Subimos en él, dió unas señas al cochero, y un cuarto de hora después nos deteníamos ante el Hospicio Beaujon.

Durante el trayecto no me dirigió Edmundo ni una sola vez la palabra; parecía presa de tristes preocupaciones, y me creí en el deber de respetar su silencio.

Apenas se paró el carruaje cuando mi amigo se apeó. Le ví dirigirse á la portería y tomar algunos informes, y después, volviendo á mi lado, me dijo:

—Temía tanto llegar tarde, y me he dado tanta prisa por eso, que aún tenemos una hora larga de espera antes de poder entrar. Me dicen que podemos esperar en el recibimiento ó pasearnos por el jardín; ¿qué prefieres?

Me pareció que el aire libre y el paseo le convenían mucho en la disposición de ánimo en que se hallaba, y le propuse entrar en el jardín, cuya entrada nos indicaron.

Es un terreno de tres ó cuatro fanegas de tierra, que labran para atender á las diversas

necesidades del hospicio, situado entre la fachada que da á la calle y el cuerpo de edificio que ocupan los enfermos, que se hallan de este modo lejos de los ruidos exteriores que pudieran molestarles hasta verse libres de sus dolencias.

Al principio recorrimos en silencio uno de los estrechos senderos del jardín; pero cuando levanté los ojos hacia Edmundo y ví que lloraba, el interés que me inspiró dejó á un lado todo sentimiento de discreción, y le insté con calor á que me confiase sus penas.

—Para que puedas comprenderlas—me dijo,—debo antes referirte lo que me ha ocurrido en los seis meses transcurridos sin vernos. Si empezase ahora esa narración no tendría tiempo de terminarla.

—Podemos disponer, según has dicho, de cerca de una hora.

—¡Tú lo quieres, pues sea! El momento, en verdad, es el mejor para ocuparme de ella—añadió dando un suspiro.

II

Acaso recordarás—me dijo Edmundo,—que después de haber comido juntos un día del pasado invierno, no quise acompañarte al teatro bajo pretexto de que debía ser presen-

tado en casa de la señora T... Te pregunté si podías darme algunas noticias que me sirviesen para arreglar mi conducta cerca de ella; tú me dijiste que no la conocías más que de vista y tuve que preguntar al amigo que se había encargado de hacer mi presentación.

—La señora T...—me dijo,—no tiene bienes de fortuna; su esposo fué teniente coronel y tenía cincuenta y ocho años cuando se casó con ella, seducido por su maravillosa belleza. Murió dos años después y no la ha dejado más que la viudedad correspondiente á su graduación, y las pocas economías que un oficial del ejército francés puede hacer por más que sea oficial superior. Ella administra con mucho esmero su pequeña fortuna, y al verla siempre perfectamente vestida, y por la manera de recibir en las *soirées* que da en su casa todos los jueves, podría creerla más rica de lo que es en realidad.

A los treinta y ocho años aún llama la atención; sus ojos conservan toda su brillantez, su frente no tiene arrugas, su boca es preciosa. Desgraciadamente, todo eso es lo que causa su desesperación, porque es tan coqueta como hermosa, y la señora T... tiene una hija, cuya vista hace conocer brutalmente á los más incrédulos una verdad que ella quisiera ocultar.

Asegúrase también que madre é hija no viven en la mejor inteligencia; obligada á reconocer al lado de su hija la madurez de la edad, y lo que es aún más terrible, forzada, á no caer en el ridículo, á convenir en ella en presen-

cia de los demás, la señora T... cuyo amor propio se siente cruelmente herido, no perdona á Marta el mal que la hace, inocentemente por cierto. Sus intereses también padecen, porque á pesar de sus treinta y ocho años, bella, con talento y muy experimentada, podría encontrar con quien casarse de nuevo, si la joven, que era lo único que llevaría por dote, no asustase hasta á los más atrevidos.

Por todas estas causas, la señora T... indulgente con todos, es severa, injusta y hasta excesivamente dura con su hija; y de un carácter violento, tienen frecuentes altercados que degeneran en palabras ofensivas, que van derechas al corazón y las separan cada día más.

Tales son las diferentes particularidades en que se me inició antes de ser presentado en su casa.

La señora T... me acogió con su más graciosa sonrisa, como persona dispuesta á ver en todo joven meramente presentado, el yerno que pudiera desembarazarla de sus funciones de tutora y de madre, y ayudarla á convertirse en mujer, y mujer hermosa aún.

En cuanto á Marta, aunque los rasgos de su fisonomía no tenían la corrección y pureza de dibujo tan notables como los de la señora T..., había en sus grandes ojos negros, sus cejas fuertemente delineadas, en su labio inferior algo grueso y en su coloración acentuada, una vida y una energía unidas á una encantadora expresión de dulzura, que hacían

de ella una de las jóvenes más bonitas que había yo visto.

Aquella noche, sus cabellos recogidos en una gruesa trenza desde la mitad de la cabeza, estaban sembrados de infinidad de perlas menudas engarzadas en oro; llevaba un vestido de muselina blanca, escotado á medias, cuyos cuatro volantes terminaban en un adorno de encaje. Este traje, que se hubiera podido creer obra de afamada modista, no era debido, después lo supe, más que á la imaginación y á la habilidad de Marta. Ella misma, por la mañana, se había ataviado; el sembrado de perlas que lucía entre sus cabellos, la había llevado una hora; el bordado de los volantes más de un año de trabajo representaba.

Muchos hombres hay que huyen de algunas jóvenes con quien se hubiesen casado á pesar de su modesta dote, espantados del lujo y la elegancia que despliegan todas las noches; y sin embargo, muchos de esos atavíos que parecen haber sido adquiridos á peso de oro, de las primeras modistas de París, son debidos muchas veces al buen gusto y al trabajo de las que los llevan.

Esta elegante *toilette* con la que Marta tanto me agradó la primera vez que la vi, fué para mí después objeto de un culto especial; me gustaba vérsela llevar, ella conocía mi flaco y tenía verdadera complacencia en satisfacer mi deseo; así que en mi espíritu Marta, su traje blanco y su sembrado de perlas, forman un todo estrechamente unido, y

sus rasgos no pueden presentármese claramente más que dentro de ese marco adorado.

III

La señora T... no tenía la pretensión de dar *soirées*; reunía tan sólo una vez por semana á ciertos amigos antiguos de su marido, que iban acompañando á sus hijas, y algunos jóvenes que conocía de larga fecha. A veces autorizaba á éstos, como sucedió conmigo, á presentar algún extraño; pero este caso debía hacérsele saber al recién venido, que era admitido á una simple reunión de amigos íntimos. Los padres de familia jugaban al *wihst* en un gabinete contiguo al salón, y la gente joven tocaba y bailaba cuando cualquiera de ellos y de ellas se sentaba al piano. La señora T... hacía los honores de su casa con hechicera gracia; dejaba á todos completa libertad é inventaba sin cesar entretenimientos agradables para distraer á sus invitados; Marta la ayudaba á las mil maravillas, riendo con éste, charlando con el otro, corriendo de grupo en grupo, esparciendo por todas partes su bulliciosa alegría.

Noté, sin embargo, que rehuía dirigir la palabra á un joven, á quien la señora T... hablaba con mucha intimidad. Hasta parecía

manifestar cierta afectación en no mirarle, mientras que él tenía largo rato los ojos fijos en ella. Esta escena muda me interesó y traté inútilmente de descubrir el misterio que encerraba, cuando un incidente inesperado me dió la clave de él. Después de haberse bailado varios vales y rigodones, pidieron sus amigas á Marta que cantase; se negó al principio, pero como las instancias fueron cada vez más vivas, tuvo que ceder. Aunque Marta no tenía una voz de mucha extensión, cantaba con gusto, y sobre todo con mucho sentimiento, y experimenté un verdadero placer al oirla. Al terminar su romanza se levantó del piano y se dirigió hacia la puerta del salón. Estaba yo sentado delante de ella é impedía el paso; por lo que me apresuré á levantarme, retirando mi sitio hacia la pieza inmediata. En aquel momento la señora T..., que no podía verme porque uno de los batientes de la puerta me ocultaba, se reunió con su hija, y en tono seco y duro, que me extrañó, la dijo:

—No estás en voz esta noche, y no debías haber cantado.

—Me lo rogaban tanto—replicó Marta,— que no he creído que podía negarme más.

—Eso te conviene decir; en realidad, no te disgusta lucir tus habilidades.

Marta se mordió los labios por no contestar, pero llevada de la vivacidad de su carácter, respondió:

—Madre mía, dad órdenes á Alfredo para que cuando me sienta yo al piano os mire á

vos en vez de no apartar, como ahora ha sucedido, sus ojos de mí; él no se atreverá á desobedeceros, y acaso así seáis más indulgente conmigo.

Y á fin de evitar la tempestad que sobre sí se había atraído, entró precipitadamente en el gabinete donde yo me hallaba; y al verme comprendió que yo lo había oído todo; se puso colorada y desapareció de allí apresuradamente.

Todo estaba explicado; el joven á quien llamaban Alfredo no era indiferente á la señora T...; ella notaba la admiración que en él producía Marta, y estaba celosa de los diez y ocho años de su hija.

Por su parte, ésta, viendo con claridad lo que ocurría, como muchas jóvenes educadas con cierta libertad, había notado los verdaderos sentimientos de la señora T..., y demasiado joven para comprenderlos ó para dispensarlos, se los reprochaba á su madre cuando se veía por ésta tratada con injusticia.

Gracias á mis observaciones no me ví obligado, como sucedía á la generalidad, á echar la culpa de esa especie de enemistad, ó despecho sentido por la señora T..., á tener cerca de sí una compañía que la envejecía. Este sentimiento puede existir, pero no se puede creer en él sino con gran reserva, porque está fuera de las leyes naturales. Las madres, por el contrario, se complacen en ver crecer á sus hijos, y encuentran en esa juventud y esa belleza que se desarrolla ante sus ojos, una dulce compensación á la juventud y la

belleza de ellas propias que desaparecen. Es una nueva vida que Dios les da llena de frescura y de dulces emociones, en la que un corazón se une á otro corazón, se rejuvenece á su contacto y vuelve á encontrar los animados latidos de otras veces. Por lo tanto, cuando un hombre querido se atraviesa en medio de esa santa unión de la madre y de la hija, puede suceder que, bajo el dominio de los celos, la primera se haga dura y cruel para la segunda, si aquella es más, que madre, amante.

La *soirée* terminó sin ningún incidente, pero la conversación que sorprendi fué causa de que Marta, teniéndome por iniciado en uno de los secretos más íntimos de su casa, no me considerase por completo como á un extraño.

A la media noche, después de tomado el té se inició la marcha, y los concurrentes fueron á saludar á las señoras de la casa. Indudablemente, la señora T... estaba muy enamorada de Alfredo C... y lo dejaba adivinar á pesar de su conocimiento de la sociedad. Cuando se despidió de ella le echó una mirada llena de ternura.

Yo observaba á Marta, que con los ojos fijos en ellos se sonrió tristemente.

IV

Después he vuelto á casa de la señora T... por política y por gusto, pues sus *soirées* son muy agradables, y no voy más que por Marta. Desde el primer día me sentí atraído hacia ella por su belleza; ahora su talento y su buen carácter, llenos ambos de seductores contrastes, me impiden separarme de ella. Sin embargo, reconozco sus defectos: de naturaleza ardiente, de carácter resuelto y demasiado exaltado, es de temer que no conociendo la sociedad ni la realidad de la vida cometiese alguna falta cuyo alcance no comprendiese. Y hay que convenir en que, mal dirigida por su madre, demasiado entregada á sus propias pasiones, no tenía aquella virginidad de alma tan preciosa en una joven.

A pesar de estas observaciones me encariñaba cada día más con Marta, sin darme cuenta exacta de este amor, ni le razonaba para no tener que combatirlo; por eso mis visitas se hicieron cada vez más frecuentes.

Por su parte me veía con placer, se estableció entre nosotros cierta intimidad. Era lo bastante hermosa para que muchos hombres se hubiesen fijado ya en ella; pero yo había comprendido lo que su posición tenía de

difícil, y la mostraba mi simpatía por otro motivo distinto de su belleza; y sobre todo, era la vez primera que alguien, al hacerla la corte, persistía en el deseo de serla agradable.

Y era claro, los jóvenes admitidos en su casa se acercaban á ella con gran facilidad, porque su madre, deseando casarla pronto, no ponía obstáculo alguno; pero á medida que el amor nacía en ellos, el cálculo y el razonamiento nacían también: comprendían que la renta, ya por sí modesta de la madre y de la hija, no era sino eventual; se deslizaba á sus oídos que la señora T... tachada de ligera, no ofrecía garantías serias para su hija; y en fin, les mataban por completo sus ilusiones con la frase:—*Marta no lleva dote alguno.*— Entonces ponían término á aquellas peligrosas atenciones, dirigían bruscamente sus homenajes á la señora T... y ésta, adulada su vanidad de mujer, les perdonaba que no la hubiesen pedido su hija.

Yo no había seguido esa táctica, me había ocupado de Marta solamente y persistía en ocuparme de ella; por eso se decía que me iba á casar con ella. Pero este matrimonio era imposible: huérfano, y solo en París, me había gastado locamente como tú sabes bien, desde los veintiuno á los veinticuatro años, el modesto capital que mi padre me había dejado. Desde aquella época vivo con la pensión que me pasa un tío rico, sin hijos, dispuesto á dejarme una bonita fortuna cuando se muera, á condición de que mientras viva cumpla

exactamente sus mandatos. Egoísta y positivo, como la mayor parte de los viejos solterones, mi tío sería capaz de desheredarme, sin ningún remordimiento, empezando por dejar de pasarme la pensión si hiciese un matrimonio por amor.

Yo he explicado francamente mi posición á Marta, haciéndola saber las habladurías á que servíamos de blanco y mi intención decidida de dejar de hacer aquellas visitas tan continuadas, que no teniendo objeto, podían comprometerla. Ella me rogó que desistiese de mi intento.

He adquirido la costumbre, me dijo con lágrimas en los ojos, de veros, de hablar con vos con el corazón en la mano, de confiaros mis alegrías y mis penas, no me robéis ese único placer. Me falta valor para sacrificar á mi primero y único amigo á las exigencias de una sociedad que no se cuida de mí. Dejemos que hablen de nuestro matrimonio y continuemos queriéndonos como dos hermanos.

¿Cómo no dejarse convencer? Yo hice lo que otros muchos hubiesen hecho en la posición mía; continué mis visitas.

No ha de creerse, sin embargo, que la madre y la hija viviesen en continuo desacuerdo. Cuando la señora T... no se hallaba sometida al influjo de los celos, era muy condescendiente con Marta y satisfacía voluntariamente sus caprichos; no teniendo otro interés que ser hermosa para agradar á Alfredo C..., abandonaba también en manos de su hija el cuidado del hogar y la administración

de la casa. Eran dos amigas, dos hermanas: la mayor tenía diez y ocho años y era muy razonable; la menor treinta y ocho y era muy ligera de cascos. Pero el papel de madre, tal como lo comprenden ciertas mujeres que, el día en que su hija cumple quince años, renuncian al mundo para ellas, y no van á él sino por su hija, que no la pierden de vista, siguen todos sus pasos por los senderos de la vida, penetran en sus más recónditos pensamientos para conducirlos por el verdadero camino si intentasen extraviarse, para que, en fin, cuando llega el momento de confiárselas á un yerno, por ellas elegido, puedan jurar que su hija es casta y pura, porque su vigilancia no ha cesado nunca, este papel, decíamos, que la señora T... no lo comprendió nunca así.

Marta y su madre vivían en un completo acuerdo hacia algún tiempo; pero no habiéndose cambiado en nada su posición reciproca, era de temer que cualquier accidente las volviese á desunir. En efecto, al entrar un día en su casa, á eso de las tres de la tarde, sentí al entrar en el salón, cerrarse bruscamente una puerta, pero no lo fué con la bastante ligereza para no darme tiempo á divisar á la señora T... que se dirigía á su cuarto. Marta, pálida y temblorosa, presa de una gran agitación, se hallaba de pie al lado del piano.

—¿Qué tenéis?—la dije con viveza.

—Tengo—me respondió,—que no puedo permanecer más tiempo aquí: que sufro demasiado.